

Me olvidaste, mi amor / Autar Krishen Rahbar

Aquello sucedi³: el mismo hecho, relacionado con tradiciones antiguas, del que le hab³-an hablado los ancianos de su familia. Su alma fue llevada por los mensajeros de la muerte, quienes la presentaron ante Dharmaraj. Su cuerpo o su carcasa, como quiera que se le llame, qued³ tendido en el lugar del accidente. Su esposa iba junto a ³ y ahora estaba fr³-a como la muerte. Despu³s de ella, ³ solt³ tambi³ en su ³ltimo aliento.

La polic³-a intervino. Entregaron los cuerpos a los parientes m³ cercanos, quienes los llevaron al crematorio. Dharmaraj pidi³ que le fuera entregado el archivo del profesor: el archivo que conten³-a el balance de sus pecados y sus m³ritos. Dharmaraj deb³-a revisar el documento y decidir cu³l ser³-a la forma que habr³-a de tomar el alma del profesor.

Se dice que la mayor³-a de los mortales llega a renacer. Este hecho mantiene en su curso el ciclo de vida y renacimiento. S³lo unos cuantos son liberados del v³rtice de la vida y la muerte, una salvaci³n que se concede nada m³s que a aquellos que llevaron una vida intachable, que realizaron actos absolutamente desinteresados y cuya naturaleza fue ejemplar en s³- misma. En el caso de los que han de renacer, debe establecerse, entre otras cosas, cu³l ser³ la nueva forma que habr³ de adoptar. ³Habr³ de ser humanos, o tomar³ la forma de otra especie? Las criaturas vivas que pueblan el universo son incontables y de una variedad infinita. En ellas, se incluye un sinf³-n de animales, insectos y criaturas voladoras. Dharmaraj pondera y estima cada caso. Luego, emite su sentencia.

«No tengo idea de cu³l ser³ la orden que llegue³», pensaba el profesor Suraj Prakash. ³«³Me convertir³ en alce o en un b³ho? ³En un perro o en un oso? ³En un murci³lago o en un halc³n? ³Le³n o chacal, o acaso una serpiente o un pez?»

Se sent³-a, alternadamente, exaltado y abatido, despu³s de caminar m³s de cien pasos, esperando impaciente decisi³n de Dharmaraj. ³«³Como hacerle saber las vicisitudes crueles y los laberintos que debe atravesar un pobre ser humano? Cada segundo es un martirio. Desear³-a que ³ mismo se instalara en la Tierra y llevara una vida normal. Seguramente entonces entender³-a lo que cuesta hacerlo³», sigui³ el profesor con sus reflexiones y sus cavilaciones. Justo entonces una sonrisa, con un trazo de iron³-a, se dibuj³ en las facciones de Dharmaraj.

«³Maldita suerte! Tal vez ³ entienda todo...³», comenz³ a preocuparse el profesor y, en su tumulto interno, se imagin³ a s³- mismo, mientras desgarraba a mordidas la carne de sus propias mu³ecas.

El aura y la conducta de Dharmaraj, grandiosas y solemnes, eran incomparables. La mesa en la que trabajaba estaba impecable. Sobre ella, en un costado, hab³-a un vaso de agua cristalina, con una tapa sobre ³. Del lado opuesto, estaba el archivo del profesor y nada m³s.

Luc³-a apuesto y soberbio en su t³nica, m³s elevado que el resto. Detr³s de ³ estaban plantados dos guardias. En verdad, Dharmaraj ten³-a toda la apariencia de un juez!

Mucho m³s abajo de Dharmaraj se hallaba sentada una persona que extra³-a, de cada lote, el archivo que se requer³-a. Era el encargado del registro que, seg³n se dec³-a, era llamado Inderjeet. Sus dos brazos se proyectaban hacia atr³s. Mientras trabajaba, su vista no reca³-a en sus manos. Por lo tanto, gracias a esto, no era capaz de hacer trampa o cometer fraude. El profesor, entonces, mir³ sobre su hombro para contemplar, erguidos sobre sus pies, a los emisarios de la muerte, que hab³-an transportado su alma hasta la morada de Dharmaraj. Sus lenguas eran p³rpura y sus rostros del color de la brea, cual si se hubiera untado alquitr³ sobre ellas.

«³Astutos, pillos! No sueltan ni un chillido, como si no supieran nada. ³Acaso me trajeron a estos lares, a trav³ de leguas y leguas de senderos peligrosos? Supieron que habr³-a de tener un accidente y de inmediato me raptaron, como a una gallina, para traerme aqu³-. Mi esposa estaba a mi lado. Me pregunto si su alma fue transportada hacia ac³. Mi vida estaba por expirar, pero la suya se hab³-a extinguido ya. Un costado entero de su cabeza, hasta la mejilla, estaba empapado en sangre. Est³ bien que haya muerto. Shaama simplemente no habr³-a sido capaz de vivir sin m³-. ³Cu³nto me quer³-a! Ella viv³-a por su esposo. Era un referente para todas las esposas. ³Una diosa, de hecho! ³No deber³-a preguntar d³nde est³? Debe estar busc³ndome, a su amado, su satyawan³».

En un impulso, le pregunt³ a Dharmaraj mismo:

«³D³nde est³ Shaama? Ella no puede pasar un solo momento sin m³-».

Dharmaraj irgui³ su espalda y sonri³ un poco. Despu³s, hoje³ velozmente el archivo del profesor, por ³ltima vez. Se preparaba a s³- mismo para emitir su juicio. El profesor parec³-a un ni³o, esperando la calificaci³n de su examen.

«³Qu³ puedo decir? Me gustar³-a hacerles saber que fui profesor de Ciencias Pol³-ticas. A lo largo de mi vida relat³ a mis alumnos el auge y la ca³-da, los m³ritos y defectos de distintos sistemas pol³-ticos. C³mo me explayaba acerca del individuo y la sociedad, las responsabilidades y tareas del Parlamento. Los derechos humanos eran uno de mis temas consentidos y escrib³- extensamente acerca de ³, por lo que me otorgaron galardones y fui muy estimado. Siempre me desagrad³ el silencio en la pol³-tica y tuve en gran estima el debate. ³Qu³ puedo decir? Este silencio del cementerio me roe por dentro. ³No entiendo cu³l es el sistema vigente aqu³! Aunque me inclinar³-a por decir que es una dictadura. ³Nadie respira siquiera! ³No hay un solo sonido! La gente, como m³quinas, trabaja en un orden estrictamente reglamentado... ³No s³ qu³ hayan anotado en mi archivo! Que mi dios, Ishwar, sea mi abogado. ³C³mo quisiera saber, desde ahora, su decisi³n! Terminar³-an para m³- esta agon³-a y este suspenso³».

Sigui³, indefenso, mirando est³pidamente a Dharmaraj. Se sent³-a peque³o e inferior. Shaama, su morena amorosa, se paseaba por sus pensamientos. Ve³-a sus aretes flotar frente a ³.

Cerca de ah³-, hab³-a un sal³n desde el que llegaba un sonido de risas y j³bito. Se asom³ entre los paneles de vidrio. Hab³-a muchas mujeres reunidas all³-. ³Se re³-an! Chismorreaban y se divert³-an. Alcanz³ a notar el sonido con

que reñ-a a su esposa, que tenñ-a a su propio tono y ritmo. Cuando reñ-a, apareñ-an unos hoyuelos en sus mejillas. Esos hoyuelos habñ-an robado el corazñn del profesor. Varias veces le habñ-a dicho: Æ«He visto a muchas con hoyuelos en las mejillas, pero ningunos tan encantadores como los tuyos. Seducen mortalmenteÆ».

ÆÆÆÆ Entonces, Dharmaraj se irguiñ a añn mñjs y resonñ por doquier su voz, profunda y melodiosa:

ÆÆÆÆ Æ«Señor profesor! Tenemos ya los resultados. Volverñs a nacer en la Tierra: tendrñs una nueva vida. Nos complace anunciar que la forma que adoptarñs no serñ otra que la de un hombre.

ÆÆÆÆ El profesor Suraj Prakash se sentñ-a extñtico. Pensñ: Æ«Ni Suraj Prakash abandonarñ a su querida Tierra, ni la Tierra dejarñ a Suraj Prakash... pero no tengo idea de quñ planes haya para ShaamaÆ».

ÆÆÆÆ De inmediato, volviñ a alzarse la voz de Dharmaraj:

ÆÆÆÆ Æ«Profesor, queremos darte otra buena noticia: en tu nueva encarnaciñn, habrñs de casarte con quien tñ deseo. Habla ahora: Æ¿quiñ es la elegida? Nñmbrala, y tu deseo habrñ de realizarse este mismo dñ-a.

ÆÆÆÆ Æ«Quisiera besar la boca de DharmarajÆ», pensñ el profesor, abrumado por la dicha.

ÆÆÆÆ Æ«Manifiesta lo que tengas que decir Æ«instñ Dharmaraj.

ÆÆÆÆ Æ«Maharaj, sñlo ella. Æ¿Nadie mñjs que ella!

ÆÆÆÆ Æ«¿Quiñ es ella: el jardñ-n o el monte? Æ«se mofñ Dharmaraj.

ÆÆÆÆ El profesor se sintiñ desconcertado. Le rogñ:

ÆÆÆÆ Æ«Maharaj, ella (1), solamente: mi Shaama, mi esposa. Æ¿Quiñ mñjs?

ÆÆÆÆ Æ«¿¿se es tambiñ el deseo de ella? Debemos verificarlo.

ÆÆÆÆ Æ«Pero, maharaj, Æ¿hace falta verificarlo siquiera? Æ¿Cuñ fue ella capaz de negar algo que yo determinara?

ÆÆÆÆ Æ«Necesitamos consultarle el tema. Ella estñ justo aquñ-.

ÆÆÆÆ El profesor estaba fascinado. Dharmaraj señalñ a uno de sus servidores, quien al instante trajo a Shaama del salñn adyacente y la presentñ ante su señor.

ÆÆÆÆ Æ«¿Reconoces a esta persona? Æ«preguntñ Dharmaraj a Shaama.

ÆÆÆÆ Ella estaba un poco aturdida y miraba en torno suyo, sin hablar. En su pensamiento difuso no atinaba a saber cuñ era el tema que les ocupaba.

ÆÆÆÆ Æ«Te hablo a ti... Æ¿a ti! Æ¿Sabes quiñ es este hombre? Æ«Dharmaraj empezaba a rugir.

ÆÆÆÆ Æ«¿Cñmo no iba a saberlo, maharaj? Æ¿Quiñ no conoce al señor profesor? Es una celebridad Æ«dijo ella.

ÆÆÆÆ Æ«Shaama, ustedes dos volverñn a nacer en la Tierra, en la forma humana. Preguntamos al profesor a quiñ elegirñ-a como su compañera en la nueva vida y nos dio tu nombre. Æ¿Te parece aceptable? Si nos confirmas que Æ«se es tu deseo, tu voluntad compartida serñ ejecutada hoy mismo, en este momento.

ÆÆÆÆ Shaama estaba perpleja. Reflexionñ un momento.

ÆÆÆÆ Æ«¿Te pido que hables pronto! Æ«el profesor no pudo contenerseÆ». Æ¿Tñ, mi nueva novia y yo tu nuevo esposo.

ÆÆÆÆ De golpe, Shaama soltñ su lengua:

ÆÆÆÆ Æ«No... no... esto no puede ser. No voy a aceptarlo.

ÆÆÆÆ El profesor sintiñ como si le hubieran apaleado con un bastñn. El suelo se moviñ bajo sus pies, y en completa estupefacciñn le respondiñ:

ÆÆÆÆ Æ«¿Querida, mñ-rame! Æ¿Soy tu Suraj, el profesor Suraj Prakash! Soy Nagraj (2), Æ tu amor. Soy tu Manjoon y tu Satyawaan. Æ¿Por quñ no me reconoces? No podrñ-as ni masticar un solo bocado sin mñ-.

ÆÆÆÆ Æ«Señor profesor, te conozco enteramente, al derecho y al revñs Æ«respondiñ ella.

ÆÆÆÆ Æ«Tonterñ-as Æ«dijo el profesor, indignadoÆ». Mujer, Æ¿por quñ no recuerdas tu vida reciñn terminada? Eras incluso de digerir la comida sin mñ-.

ÆÆÆÆ Æ«¿Quñ mñjs podrñ-a hacer? No tenñ-a opciñn Æ«replicñ ellaÆ». Toda mujer, despuñs del matrimonio, es casa ajena y hace de ella su Ænico nido. Sñlo la abandona con la muerte, en un atañd. Mientras tanto, se olvida de todo y entrega su vida entera en sacrificio.

ÆÆÆÆ Æ«¿Quñ quieres decir? Æ«preguntñ el profesor.

ÆÆÆÆ Æ«El asunto es que una mujer, necesitada e indefensa, no puede hacer otra cosa que soportar la indignidad, la esclavitud y el sacrificio.

ÆÆÆÆ Æ«¿Quñ clase de fantasñ-a estñs tejiendo? Æ¿Estñs fuera de tus cabales? Æ«dijo el profesor.

ÆÆÆÆ Æ«Estoy completamente lñcida Æ«soltñ ellaÆ». Toda mi vida estuve confinada en las cuatro paredes de mi hogar prisionera como un ave enjaulada. Dime dñnde pasabas esas horas valiosas, antes de que regresaras a casa por las noches. Harta y exhausta, solñ-a esperarte como si hubieras sido mi exigua raciñn de alpiste.

ÆÆÆÆ El profesor estaba atñnito. Las palabras seguñ-an brotando de Shaama, como una cascada:

ÆÆÆÆ Æ«Un dñ-a sñ- y al otro tambiñn, invitabas a tus amigos a casa. Jugaban cartas y se ponñ-an a chismorrear, a bromas tontas y hablar de naderñ-as. Llegabas a beber un trago o dos mientras yo, sin parar, cocinaba y guisaba cada noche para tus invitados, con la desesperaciñn subiendo por cada uno de mis cabellos. Ellos se iban ya avanzada la noche y yo pasaba las siguientes horas lavando los trastes y limpiando la casa, en el frñ-o punzante, hasta que me dolñ-an los ojos. Mi cuerpo entero se congelaba. Æ¿Y te atreves a preguntarme si te conozco? Æ¿Quñ es la vida de una mujer comñn?, te pregunto. Es un instrumento cuya piel, rosada y pura, se encoge y desgasta mientras crñ-a niñ±os. La mujer siempre ha sido un juguete en las manos del hombre, que sñlo acierta a ser un poco afable con ella de vez en cuando y se dedica a usarla injustamente.

ÆÆÆÆ Æ«¿Quieres decir que te asumñ- como propia y me despreocupñ de ti?

ÆÆÆÆ Æ«¿Dirñ-as que eso es una mentira, que lo estoy inventando? Æ«replicñ en voz alta.

ÆÆÆÆ El profesor no pudo hacer mñjs que mirarla fijamente, como mangosta hipnotizada.

ÆÆÆÆ Æ«La mujer siempre ha padecido la tiranñ-a y la opresiñn. Siempre. Desde tiempos inmemoriales, Æ¿en casa y fuera de ella! Æ¿Incluso los cinco pandavas, cuyo valor fue ejemplar, llegaron a apostar a su propia esposa, en un juego!

¿Acaso ha ocurrido algo más detestable y descabellado en este mundo? Recuerda a Ram y a Sita, que fueron personajes ejemplares, un dios y una diosa. Ram tuvo que exiliarse y decidió irse a residir al bosque. Sita lo acompañó, pensando en lo injusto que resultaba todo para él. Y aquí surge una duda: ¿le preguntó a Sita lo que ella pensaba de esa decisión? Al final, Sita tuvo que pasar la prueba del fuego junto a él. ¿Era necesario que ambos compartieran el suplicio? Es cierto que mucho ha cambiado desde entonces. Pero, incluso hoy, ¿acaso una mujer tiene una posición comparable a la del hombre? El nacimiento de una niña hace que se tuerza el gesto de todos los presentes. Para muchos, es preferible un aborto que una hija.

«Hay una variedad de recursos que se utilizan para evitar que nazca una hija. Tú los entiendes mejor que yo, profesor. Los activistas por los derechos humanos no deberían evitar que se aplasten los derechos de las mujeres? La dote, ese cáncer, sigue carcomiendo nuestro tejido social. Las mujeres se enfrentan a la muerte por inmolación, no al fuego que las cremará después de la muerte. Se incendian y luego mueren, en vez de que sea a la inversa, como dicta la costumbre. ¿No es algo desalmado? ¡Despiadado! Pueden verse unas cuantas mujeres en ciertas asambleas, tanto como en el Parlamento. Con todo y eso, ustedes, los hombres, hacen lo que les place. Se escriben leyes a su medida».

«Espera, espera! Escucha, mujer! ¿Por qué me atacas? ¿Soy acaso un emperador o la cabeza del Parlamento? ¿dijo el profesor, exasperado». ¿Quién puede hacer una persona ordinaria como yo? ¿Quién? «Te lo diré» respondió Shaama. Es justo el hombre común quien da a luz ese sistema y lo legitima. Si lo rechazaran, podrán levantarse para derrocarlo. ¿Qué clase de enseñanza dabas a tus estudiantes? Transmitir el conocimiento significa despertar a las mentes. ¿Cuántas de ellas lograste elevar, a cuántas iluminaste? Hablas con elocuencia cuando se trata de los derechos humanos. ¿Alguna vez se te ocurrió que podías haber estado impidiendo el ejercicio de esos derechos en tu propia casa?

El profesor se había quedado mudo. Ni una palabra podía decir. Su Shaama parecía estar sumamente elocuente ese día. ¿Algo había cambiado en ella o se trataba de rabia pura? No dejaba de mirarla.

«Cuando al fin vio Dharmaraj que la tormenta amainaba, volvió a interrogar a esta mujer sagaz y de veloz ingenio: «Shaama, todos tus argumentos serán recuperados en la Tierra, cuando renazcas en tu nueva forma humana. Y entonces podrás lograr todo lo que no te fue posible en tu encarnación previa. Es posible que esa sea la base para tu salvación futura. Tengo una sola pregunta que hacerte: ¿aceptas, para tu siguiente vida, la unión para la que el señor profesor ya tiene el corazón dispuesto?

«Señor, ¿para qué apresurarnos? Nos será concedido un renacimiento antes de eso y luego, llegado el momento seremos adultos y nuestro matrimonio será un asunto a considerarse. ¿Cuál es la urgencia? En su curso normal, el tiempo de decidir cuándo ser propicia tal unión... pero no con él... nunca... ¡de ninguna forma!

El profesor Suraj Prakash se quedó incapaz de ver: sus ojos se apagaron ante la imagen del rostro real de Shaama. Perdió el uso de todos sus sentidos. Sintió vértigo y se desmayó, dando un golpe en el suelo como un león al caer.

Dharmaraj observaba el triste estado de las cosas. El resto de los presentes esperaban, como pilares de hierro, las órdenes que daría Dharmaraj.

Al ver todo esto, Shaama perdió el control y se sintió fuera de sí misma. Como una demente, se lanzó hacia su marido y comenzó a sacudirlo. ¡No! parecía haber perdido toda sensación y estaba inerte. Shaama entró en pánico. Sin preocuparse de pedir permiso, tomó el vaso de agua que el señor tenía sobre la mesa y fue a rociar unas gotas sobre el profesor. Luego vertió un poco más sobre sus labios. El profesor abrió los ojos y su cuerpo, hasta entonces estático, cobró vida y se movió. Shaama lo llevó a sentarse en una silla cercana. Luego, volvió la vista hacia Dharmaraj, para saber si había hecho algo incorrecto. Vio una sonrisa contenida en su rostro y respiró aliviada.

Dharmaraj les aconsejó ir a la habitación contigua, recomponerse y luego hablar entre sí, libremente, hasta desahogarse.

«Luego, pronunciaré mi sentencia» dijo.

El profesor estaba por dirigirse hacia ella, obediente, cuando la lengua de la mujer volvió a agitarse:

«No... ¡no, maharaj! Pronuncia ahora tu sentencia. La aceptaremos de corazón. Sostengo todo lo que dije. Ante ti ruego, con toda humildad y mis manos dobladas, que su alteza no preste atención a nuestro altercado. En la Tierra, estos intercambios estridentes ocurren continuamente, en la vida de cualquier pareja. ¡Di tu plegaria! Entrega tu sentencia, cualquiera que tú dispongas.

Todos los presentes miraban atentamente a la mujer de fuerte espíritu, ¡una flor excepcional! Se ocupaban en juzgar su conducta. Dharmaraj concedió su veredicto de la forma que había sido prefigurada y anunciada por la refinada mujer, en su última declaración. Traducción de Atahualpa Espinosa, a partir de la

versión del kashmiri al inglés de G. L. Labroo.

La palabra soy, en hindi, significa tanto «ella» como «ortiga». El juego de palabras es intraducible. (N. del T.).

Nagraj es el protagonista de un relato tradicional cachemir, «Nagraj y Heemal». (N. del T.).